

CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA

MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

PUNTOS 2677 (V)

“Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la “Madre de la Misericordia”, a la Toda Santa. Nos ponemos en sus manos “ahora”, en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, “la hora de nuestra muerte”. Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo, y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

En la explicación anterior ya había introducido algo ese “Ruega por nosotros, pecadores...”, aquí vamos a completar esa explicación de entrada.

Cuando decimos en el Avemaría “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores”, es una manera de presentarse delante de ella al desnudo: **aquí me tienes que soy un pecador**, y además se lo decimos a aquella que precisamente es inmaculada. Hay algo de desnudarse en esta oración del Avemaría que, por otra parte, es fundamental para presentarse delante de Dios. Reconocer que somos pecadores, así de entrada, sin andarse con trapos calientes, es un reconocimiento desgarrado, sin disimulos, a diferencia de Adán y Eva, recuerden en ese primer momento en que fueron descubiertos en su pecado, el pecado original: **¿es que han comido del árbol que les prohibí comer?** y entonces añade Adán: **es que, bueno, Eva me dio para comer, la culpa es de ella**, le echa la culpa a la otra, la otra: **es que la serpiente...** es curioso ¿no? hay como una pedagogía en la que el Señor quiere sanarnos de los arrepentimientos totalmente incompletos que son esos: **bueno, pues sí, reconozco algo pero no lo reconozco del todo, digo algo pero no lo digo del todo**, esa tendencia que tenemos a no desnudarnos cuando nos presentamos delante de Dios **¡qué importante es esa pedagogía del desnudarse delante de Dios!** De esto recuerdo que hablamos aquí en el catecismo, pues cuando hablamos del sacramento de la confesión, y hablábamos de que frente a nuestra resistencia de ocultarnos o de excusarnos ¿no? que poder de sanación tiene el que alguien se desnude delante de Dios.

Recuerdo que, una religiosa, que nos preparó ya, ya habrá fallecido porque era muy mayor entonces, una religiosa que nos preparó a nosotros para nuestra primera comunión, nos decía: **cuando vayan a confesarse, lo primero, decir los pecados y comenzar por el pecado que más les cueste decir, el que te parezca que es el pecado más grave, y dilo lo primero, y dilo a lo bruto, y no estés dejándolo para el final como ocultándolo, como luego lo dices disimulándolo como si no lo hubieses dicho**. Recuerdo muy bien como aquella religiosa, como aquel grupo de niños nos inculcaba que delante de Dios no tenemos que ir con disimulos de ningún tipo sino que nos desnudamos delante de Dios y eso es muy sanador.

Por eso, en esta oración del Avemaría: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores”, yo me defino a mí mismo como un pecador, con un corazón desgarrado y quebrantado, y esto me hace muy similar, entonces, al presentarme de esta manera en esta oración, me asimila a ese hijo de la parábola del hijo prodigo que volvió ante su padre y, lo primero que le dijo es: **padre, he pecado contra el cielo y contra ti**, no empieza con tonterías ¿no? padre, **no quería haberlo hecho** ¿no! no empieza con tonterías esas, **que no era mi intención ¿Qué no era mi intención?** ¡No, hombre! **padre, he pecado contra el cielo y contra ti, aquí me tienes que soy un pecador**.

Algo parecido también cuando Natán, el profeta, va ante el rey David, que era fuerte ¡claro! decirle a un rey: **tú eres un pecador, tú has cometido un adulterio que, además, ha conllevado a un asesinato** ¡claro! desenmascararle al rey, es que era bastante atrevido ¿no? cuando Natán va delante de David y le desenmascara su pecado, él dice: **he pecado contra Yahvé**, y la grandeza de David, por mucho que sea rey, él no se sirve de su condición real para que nadie se atreva a acusarle ¡no, no! ni que soy rey, ni que soy un paje, aquí es lo mismo: **ante Dios todos somos pecadores**. David se desnuda y dice: **he pecado contra Yahvé**, y no se excusa, y entonces ese arrepentimiento tan sincero obtiene de Natán, del profeta, esa frase: **también Dios escucha tu arrepentimiento, no morirás por ese pecado**.

Bien, esta es la forma en que nos manifestamos en la oración del Avemaría: **“ruega por nosotros, pecadores”**, y además, en este caso, **nos desnudamos ante María**, ante la Madre, esto es lo que tiene de peculiar esta oración, que nos desnudamos ante Dios ¡bien! pero aquí nos desnudamos ante la Madre, **antes de presentarnos ante Dios, nos presentamos delante de ella**.

Esto me recuerdo cuando éramos pequeños y, antes de irnos a confesar con el sacerdote, primero nuestra madre nos preparaba para la confesión que casi le decíamos a ella nuestros pecados y ella nos decía como había que decírselos al sacerdote ¡es curioso! la madre hacía de embajadora para que tú te manifestases delante del sacramento. Pues, esto es un poco parecido, delante de la Virgen María, sin tapujos, le decimos: **“ruega por nosotros, pecadores”**, y entonces, la Madre nos enseña a ser transparentes, la Madre nos enseña a esto principalmente.

Esto es lo que una Madre dice a un hijo: **ira, habrás echo una picia, habrás hecho una trastada pero, para mí, lo importante es que seas transparente. Tú se transparente, que no me entere yo por ahí que estas escondiendo cosas**. Una madre prefiere tener un hijo travieso pero transparente, que no alguien que aparentemente va de buenito y luego, por detrás, las prepara ardas ¿no? esta es la pedagogía del Avemaría.

Recientemente, nuestro queridísimo Papa Benedicto XVI, insistía que el mayor enemigo que tenemos es nuestro propio pecado, ese es el mayor enemigo que tiene la Iglesia y que tenemos cada uno de nosotros: nuestro propio pecado. Mira, algunos se piensa que eso el Papa lo ha dicho por algunos escándalos concretos que ha cometido algunos... ¡pues sí! pero ni mucho menos eso solo ¡no, no! cuando el Papa decía eso, no se refería ale sándalo concreto que alguno ha cometido en no sé qué lugar ¡no, no! **se refiere a mí, se refiere a ti, se refiere a nosotros**. **El mayor enemigo que tenemos es nuestro mayor pecado, pero el mío, no estás pensando en no se... el mío en concreto**. Por eso, esta oración del Avemaría, es una pedagogía que busca el corazón quebrantado por el arrepentimiento.

“estoy segura de que, aunque tuviese sobre la conciencia, todos los pecados que pudiera cometer, iría con el corazón roto por el arrepentimiento a arrojarme en los brazos de Jesús, pues sé muy bien cuánto ama al hijo prodigo que vuelve a él. Luego, si me elevo a Jesús, por la confianza y el amor, no es porque la preveniente misericordia de Dios me haya preservado del pecado mortal, es decir que, la clave está en que me confío plenamente a la misericordia” Santa Teresita de Lisieux

Teresita comprendía muy bien lo que era un pecador puesto que, en su modesto lugar, había percibido también que Dios la había perdonado mucho habiéndola protegido de haber caído en el pecado, ella fue muy preservada de haber caído en el pecado.

El verdadero pecador es el que tiene el corazón roto de arrepentimiento, y la Virgen María tiene el corazón quebrantado sin haber pecado, fíjense que la Virgen María es plenamente hija de la misericordia sin haber pecado. Santa Teresita de Lisieux no era inmaculada pero, ciertamente,

tuvo la gracia de no cometer pecados graves en su vida ¿no? incluso, decía Santa Teresita de Lisieux que ella no tenía conciencia de haberle negado a Dios de una manera consiente, de haber cometido incluso pecados veniales explícitos y consientes ¿no? bueno, sin embargo ella sabe que es hija de la misericordia porque Dios le ha preservado de caer, lo importante es que tiene un corazón quebrantado, un corazón que no está endurecido, esta es la clave: **que la gracia que la Virgen María nos quiere obtener, cuando nos desnudamos delante de ella y le decimos que somos pecadores, es quebrantar la dureza de nuestro corazón, presentarse ante la Virgen con un corazón que ella lo transforma en un corazón humilde, esto es lo principal: el ser pecadores suplicando humildemente, eso es lo que Dios pretende, que es mucho más grave que la debilidad de la carne, la soberbia del espíritu, eso estamos cansados de decirlo en este programa.**

El verdadero peligro es el orgullo, que nos hace pensar, como a Nahaman el sirio, nos hace pensar que la misericordia de Dios no puede ser tan sencilla, somos demasiado complicados para pensar que, bañándonos en el Jordán, podemos ser curados de la lepra, algo parecido nos pasa a nosotros. Entonces, la labor de la Virgen, al presentarnos delante ella, es entender que la felicidad es mucho más sencilla de lo que suponíamos: **ser feliz es tan sencillo como ser humilde delante de Dios, como dejarnos querer por Dios.**

Bien, pues concluiría esta primera intervención diciendo: fijense como la oración del “Santa María, Madre de Dios”, aunque, a diferencia de la primera parte del Avemaría, el “**Dios te salve, María**”, que es una parte más bíblica, que está tomada de las palabras del arcángel Gabriel a María, o las palabras de Isabel que le dirigió a María, la segunda parte, aunque no sea palabras tomadas de la biblia, sin embargo están plenamente inspiradas en el evangelio porque, en primer lugar, recordarse en ese pasaje del publicano y del fariseo, que uno se excusaba y otro se acusaba, dice que este bajo justificado:

"Jesús dijo esta parábola por algunos que estaban convencidos de ser justos y despreciaban a los demás. «Dos hombres subieron al Templo a orar. Uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto de pie, oraba en su interior de esta manera: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, o como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y doy la décima parte de todas mis entradas.» Mientras tanto el publicano se quedaba atrás y no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.» Yo les digo que este último estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa, pero el fariseo no. Porque el que se hace grande será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»" Lucas 18, 9 – 14

El fariseo no quedo justificado, sin embargo el publicano si quedo justificado, que no se atrevía levantar los ojos al cielo. Por eso, el “Santa María, Madre de Dios, ruega por mí que soy un pecador”, tiene una inspiración evangélica muy grande.

En segundo lugar, tiene una inspiración evangélica muy grande porque aprendemos a confiarnos a ella, a la que Jesús nos confió. Jesús dijo en la cruz: “ahí tienes a tu Madre”, y a ella le dijo: “ahí tienes a tu hijo”. O sea que nos confió uno al otro, si Jesús nos confió a su Madre, lo lógico es que nosotros recurramos a ella ¿no? y le digamos: “**ruega por nosotros, María**”. O sea que, tiene una inspiración evangélica muy fuerte esta oración, estamos cumpliendo la encomienda que Jesús le hizo a ella al pie de la cruz, y que nos hizo a nosotros ¿no? y por supuesto, confiamos plenamente en que María va a ser muy bien su tarea, la tarea que le encomendó su Hijo, ella no va a fallar, por ella no va a quedar, es posible que nosotros no nos dejemos cuidar por María pero, desde luego, ella a ser Madre solícita hacia nosotros.

Nos fijamos ahora en estas dos últimas expresiones: "...ahora y en la hora de nuestra muerte". Con respecto al "ahora" dice el catecismo: ...Nos ponemos en sus manos "ahora", en el hoy de nuestras vidas...

Esa es la expresión que utiliza el catecismo: el "ahora" es el hoy de nuestras vidas. Obviamente, a la hora de hacer un comentario Mariano de esta oración en el "ahora", en seguida evocamos el episodio de las Bodas de Caná de Galilea:

"Tres días más tarde se celebraba una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. También fue invitado Jesús a la boda con sus discípulos. Sucedió que se terminó el vino preparado para la boda, y se quedaron sin vino. Entonces la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino.» Jesús le respondió: «Mujer, ¿por qué te metes en mis asuntos? Aún no ha llegado mi hora.» Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga.» Había allí seis recipientes de piedra, de los que usan los judíos para sus purificaciones, de unos cien litros de capacidad cada uno. Jesús dijo: «Llenen de agua esos recipientes.» Y los llenaron hasta el borde. «Saquen ahora, les dijo, y llévenle al mayordomo.» Y ellos se lo llevaron. Después de probar el agua convertida en vino, el mayordomo llamó al novio, pues no sabía de dónde provenía, a pesar de que lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua. Y le dijo: «Todo el mundo sirve al principio el vino mejor, y cuando ya todos han bebido bastante, les dan el de menos calidad; pero tú has dejado el mejor vino para el final.» Esta señal milagrosa fue la primera, y Jesús la hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él." Juan 2, 1 - 11

Ese "ahora" parece que fue la Virgen María, la que le empujó a su Hijo, para que llegase la intervención, su gracia en ese "ahora", en ese momento. Este episodio de las Bodas de Caná de Galilea, quizá es la escena más reveladora de, una especie de poder soberano de María sobre el corazón de su Hijo. Recuerdo que hubo una oyente que llamo preguntando por un texto de San Luis María Grignon de Monfort, en el que hablaba del poder que tenía María sobre su Hijo. Yo, lógicamente le conteste diciendo: que, había que entender esa expresión del poder soberano de la Madre sobre el Hijo pues de una manera también metafórica o en el sentido espiritual de la palabra porque "María es la esclava del Señor", "María es la esclava de su Hijo", pero al mismo tiempo, en la providencia de Dios, Dios ha querido que ella ejerza también la autoridad materna sobre su Hijo ¡ha querido que sea así! ella, en cuanto a su naturaleza, lógicamente es "esclava del Señor, esclava de Dios" pero, por gracia, no por naturaleza sino por gracia, Dios ha querido darle a ella un cometido maternal que pasa cuasi a tener ese poder sobre su Hijo. Expliquémoslo de esta manera que es, más o menos lo que San Luis Grignon de Monfort viene a decir.

Obviamente, no se trata de que la voluntad del Hijo y la Madre estén contrapuestas porque, uno podría entender como que la Virgen María tiene que forzar la voluntad de su Hijo ¡no es eso! eso también es una imagen metafórica, pero Dios ha querido poner en su mano esa función materna de introducirle a su Hijo.

Cuenta el segundo capítulo de San Juan de como la Madre de Jesús estaba allí, y estaba allí de una manera discreta, cordial, maternal, atenta a las necesidades de los esposos que se casaban, y atenta a percibir que no tienen vino, y se lo dice a su Hijo: **no tienen vino**, es en ese momento que Jesús da esa respuesta sorprendente: «Mujer, ¿por qué te metes en mis asuntos? Aún no ha llegado mi hora», y es que entonces María, lo curioso es que le viene a decir a su Hijo: **ahora, que sí, que ahora**. Si su Hijo le dice que: **no ha llegado mi hora**, ella le dice que **ahora ¡eh!**

Parece como si le forzase a su Hijo, parece como si Jesús hubiese hecho el milagro de las Bodas de Caná pues por complacerle a su Madre, obviamente, es una manera de hablar porque la

voluntad del Hijo y de la Madre, la voluntad de Jesús y de María están plenamente unidas pero, se ha querido manifestar de alguna forma el lugar que María ocupa en la Iglesia, como una especie de poder soberano que la Madre tiene sobre Jesucristo (es una forma de hablar como lo he dicho antes, es una metáfora) pero, que Dios, por gracia, ha querido poner en manos de María ese poder de intercesión ante su Hijo: **Mujer, todavía no ha llegado mi hora**, es como si ella hubiese respondido: **¿Cómo qué no? venga, vamos hacerlo ahora mismo**, hablo metafóricamente ¿no? y entonces, porque creemos en este poder soberano de la Madre de Dios le pedimos que ruegue por nosotros, precisamente **ahora**, en este momento de nuestra vida para que se realice la vocación de cada uno de nosotros.

Además, este pasaje está en el Evangelio de San Juan que, precisamente, algunos escrituristas le llaman **“el evangelio del ahora”**, Jesús dice: **todavía no ha llegado mi hora, ya se acerca mi hora, esta es mi hora, la hora por la que yo he venido a dar la vida por el mundo**, es decir, que todos tenemos una hora en esta vida, la hora de Jesús, sin duda alguna, la hora de Jesús es la hora de la cruz pero, no quiere decir que el resto de las horas de la vida no tienen importancia, también tienen importancia, la hora cumbre de la vida de Jesús es la entrega suya en cruz pero, el resto de los momentos de su vida, como el nuestro, también tienen su importancia.

Por eso, a María le pedimos que **ruegue por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte**, pero también **“ahora”**, aunque hoy lo que tengo que hacer es algo cotidiano, aunque hoy resulta que lo que tengo entre manos es que tengo una entrevista con no sé quién pero, no importa, también estas a hora de gracia aunque ahora a una hora determinante al final de nuestra vida pero, también el día de hoy, que puede parecer monótono, es una hora de gracia.

O sea que, es que decirle **“ahora”**: **ahora también Madre ruega por nosotros**. Es decir, en el momento de mi monotonía de mi vida profesional: **que tengo una monotonía que me agobia pues también ahora Madre, tú eres Madre también en este momento**. En este momento en el que tengo un sufrimiento, una preocupación principal que me agobia: **y puedo estar también ahora**; o en el momento en el que he perdido a un ser querido: **también ahora**. En el momento en el que me han dado una noticia: **también ahora**. O sea que, siempre es hora de gracia para Dios, siempre es hora de gracia.

Para una madre, cualquier situación es importante para el hijo, porque, alguno diría: **no les queda vino, ¡joye! pues que beban agua ¿no? que más dará, eso no es una cuestión, pues anda, no habrá más necesidades más grandes en esta vida, pues fíjate, se pueden arreglar de otra manera en las bodas ¡joye! pues, eso no es un problema. Cuanta gente hay que se muere de hambre ¡eh! pues sí, es verdad pero, para una Madre también las cosas pequeñas tienen su importancia, por eso a María recurrimos como intercesora también en las pequeñas cosas de nuestra vida.**

Acuérdense de la promesa del Señor: que nos daría el ciento por uno en esta vida y luego en la vida eterna, y el ciento por uno se refiere a que también en las cosas cotidianas nos llovería su gracia ¡eh! nos llovería su gracia.

Es verdad que puede existir el riesgo, como yo también, a raíz de la oración de petición, pues he puesto un poco en consideración en muestra más de una vez el riesgo de que estemos utilizando la oración de petición para nuestros caprichos y que no pidamos los dones principales, que no pidamos en don del Espíritu Santo, que no pidamos que aumente nuestra Fe, nuestra Esperanza, nuestra Caridad, utilizar la oración de petición para complementar nuestros caprichos ¡eso es un riesgo, ciertamente! pero, eso no quiere decir que cuando hemos pedido los dones principales a Dios, no se pueda también pedir las cosas pequeñas. En este **“ahora”** de mi vida también tengo

preocupaciones que puedan parecer niñas pero, para la Madre, todo es importante, para ella todo es importante.

Y además, también, ese **“ahora”**: **Madre, ruega por nosotros ahora**, es también una referencia a que cada uno se tiene que casar con el momento presente, no estar soñando con: **a ver si llega un momento, a ver si llega un día en el que yo, en otra situación distinta a la que estoy** ¡no, no, no! yo tengo que santificarme en el **“ahora”**, en estas circunstancias. Cuando parece que estoy un poco de capa caída, cuando parece que estoy un poco aburrido, cuando parece que... le pido a María su intercesión, su intervención materna en las circunstancias concretas, en el momento concreto de este aquí y ahora de mi vida, es casarme con el momento presente, abrazar mis circunstancias, eso es lo que le pido a María: **ahora Madre, yo quiero ser santo ahora, yo quiero entregarme a tu Hijo Jesucristo ahora**, no mañana le abriremos, respondía para lo mismo responder mañana, **ahora es tiempo de gracia, ahora es el momento de la salvación**.

Y concluye diciendo: **ruegue por nosotros, pecadores, ahora**, y nos falta por comentar: **y en la hora de nuestra muerte, y en la hora de nuestra muerte** pedimos una intervención especial de ella.

Dice el catecismo: **...Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, “la hora de nuestra muerte”**. Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo, y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

Bien aquí, aquí hay comentarios muy importantes que hacer. Decir, en primer lugar que, para entender este misterio recordemos como la muerte se introdujo por influjo del pecado de Adán, el pecado original.

En el plan primero de Dios estaba el hecho de que el hombre fuese preservado de la corrupción de la muerte, que existiese una vida de eternidad en el paraíso. Bueno, el pecado de Adán introduce la muerte y por eso es normal que nosotros temamos la muerte porque vemos la muerte como la destrucción del ser: la muerte es algo temido para nosotros, pero lo que es maravilloso, lo que es providencial es ver cómo, después de haber cometido el pecado, que introdujo la muerte, en el mismo momento en el que Yahvé pronuncia la sentencia condenatoria contra la serpiente, contra Adán y contra Eva, hace una promesa: **“y una mujer, un descendiente de la mujer te aplastara la cabeza”**, un descendiente del linaje te aplastara la cabeza. Hay, por lo tanto, una promesa en que va a ser vencido el que ha introducido la muerte: **la muerte también va a ser vencida**. Es algo importantísimo.

Le estamos pidiendo a María en esta oración, que **ruegue por nosotros en nuestra muerte**, es pedirle también que nos ayude a ofrecerle el momento de nuestra muerte a Dios Padre, en unión con los méritos de la muerte de Jesús, para que ese trance de la muerte, que siempre es para nosotros un trago amargo, nos sirva de expiación, de redención. Le decimos: **Madre, enséñanos a ofrecer el momento de nuestra muerte. Tu que ofrecistes...** esa imagen de la piedad ¿no? en la que María sostiene a su Hijo en brazos, y esta como ofreciéndole a Dios Padre, para que también nosotros sepamos, junto con María, unirnos a Cristo y ofrecer el momento de nuestra muerte para que sea redentor, para que sirva de expiación de nuestra vida, para que acojamos la gracia de Cristo en ese momento cumbre de nuestra vida, para que María nos enseñe a recibir bien la bendición de la Iglesia, a recibir los sacramentos en el tránsito ¡eh! Aquí, fíjense que ha dicho que: **y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra**, es un tránsito al que asiste María.

Yo me atrevería a utilizar, quizás, la imagen de que la Iglesia esta como asistiendo a un parto para la vida eterna. Cuando alguien fallece, es como una comadrona que asiste a un parto para que demos a luz para la vida eterna, esa es imagen de la Iglesia que asiste a sus hijos, acompañándoles y dándoles los últimos sacramentos, les introduce en el cielo, y la Virgen María, en ese momento, está perfectamente reflejada en esa imagen de la Iglesia pero también ella está saliendo al encuentro de sus hijos: **ella es como puerta del cielo, a ella podemos invocarle como puerta del cielo:, reza con nosotros en la hora de la muerte, y cuando ya no podamos rezar, ruega tu sola por nosotros y, así, esa hora será bendita porque será la hora de ver a Cristo.**

Nos podemos maginar a María que sale a nuestro encuentro, nos coge de nuestra mano y nos dice: **¡ven! ahora que tus labios se han cerrado para este mundo, al despertar en la vida eterna me vas a ver a mí, y pedimos eso ¿no?: que el rostro de María sea la belleza que contemplemos al despertar a la vida eterna.** Como ven, estamos pidiendo algo muy importante.

Aquí, el catecismo dice algo que es: **que ponemos en sus manos, desde ahora ya, le entregamos el momento de nuestra muerte, desde ahora le entregamos el momento último de la vida.** Esto es importante. **Madre, yo no sé cómo será mi muerte, yo no sé cómo será las circunstancias pero desde ahora ya lo pongo en tus manos.**

Yo cuantas veces, cuando he asistido pues al fallecimiento de una persona pues, a los últimos momentos o cuando he estado en una capilla ardiente de una persona que ha fallecido y he hecho un responso, cuantas veces se me ha ocurrido comentar con los familiares que ese difunto, a lo largo de su vida, miles de veces, si será muy devoto, millones de veces ¿no? le ha pedido a la Virgen María: **ruega por mí en la hora de mi muerte, ahora y en la hora de mi muerte,** es decir, que le ha pedido a la Virgen María, insistentemente, esa persona durante su vida que estuviese ella allí en ese momento presente, como ella asistió al pie de la cruz a la muerte de su Hijo, que también ella estuviese al pie de la cama y que estuviese rogando e intercediendo ante Dios. Esa persona, en el rezo de las Avemarías y del Rosario, se lo ha pedido miles de veces y por supuesto que en ese momento ha ocurrido, ha tenido lugar, ha acontecido que María a asistido a ese parto para la vida eterna.

O sea que, me parece muy importante el ejercicio, de que eso no sea una palabra sin ser conscientes de lo que estamos diciendo, sino que sea: **María, yo no sé cómo será los últimos momentos de mi vida ¿no? pero, te los encomiendo, te los entrego, y como sé que están en buenas manos ese parto, ese tránsito para la vida eterna, en tus manos queda,** y yo ahora no me voy a empezar a agobiar ¿Cómo será? a mí me gustaría morir de esta manera, me gustaría morir de la otra, me gustaría no dar...¡eh! muchas veces solemos, para muchas personas suele ser motivo de angustia el pensar cómo va a ser en el momento de la muerte ¿no?

Yo creo que hay dos equivocaciones o dos planteamientos equivocados de los que deberíamos huir: uno es el de no pensar nunca en la muerte, vivir como si no fuese a existir ¡yo en eso no pienso nunca! bueno, eso es vivir de espaldas a la realidad; y otro planteamiento equivocado es el de vivir pensando en ello de una manera angustiada. Luego, ni hacer el juego del avestruz, que es no ver la realidad, ni estar angustiada sino, verdaderamente, ponérselo en manos de María y que eso está bien encomendado, bueno pues, si está bien encomendado, ella nos asistirá en ese momento como estuvo al pie de la cruz de su Hijo y que gran respaldo tuvo que sentir Jesús viéndole a su Madre ahí bien cerca, que respaldo espiritual pudo llegar a sentir Jesús en ese momento.

Para complementar esto, nos refiere el catecismo al punto 1020, donde hablaba de la encomendación, la oración de la encomendación del alma que hace la Iglesia en el momento del fallecimiento de alguien. esta es la oración de encomendación:

El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia Él y la entrada en la vida eterna. Cuando la Iglesia dice por última vez las palabras de perdón de la absolución de Cristo sobre el cristiano moribundo, lo sella por última vez con una unción fortificante y le da a Cristo en el viático como alimento para el viaje. Le habla entonces con una dulce seguridad:

«Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, Madre de Dios, con san José y todos los ángeles y santos [...] Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos [...] Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor» (Rito de la Unción de Enfermos y de su cuidado pastoral, Orden de recomendación de moribundos, 146-147).

Yo creo que, lo he dicho muchas veces, es una de las oraciones más fuerte, más potentes que rezamos en nuestra liturgia, la oración que se llama de encomendación del alma, la que reza el sacerdote cuando una persona está ya en su momento de agonía y le serán administrados los sacramentos y, entonces, le hacen la encomendación del alma. es como un recomiéndame, que alguien me recomiende delante de Dios: **te entrego a Dios y te pongo en sus manos, te entrego a Dios**. Es ser consciente de que, lo que dice Jesús: **a mí nadie me quita la vida sino que soy yo el que lo da voluntariamente**, ese ideal de la vida de Cristo, de entregar libremente la vida, es también un ideal nuestro. Entonces, le pedimos a María que nos enseñe a entregar la Vida: **María, enséñame a que en el momento de la muerte no sea como que alguien me viene a robar, sino que yo quiero entregar mi vida**, que no es lo mismo que me roben la vida que yo la entregue voluntariamente ¡no es lo mismo!

Y el tono con el que uno vive la muerte pues es muy distinto: puede ser que un sacerdote le emociona profundamente cuando ve que alguien está asistiéndole, le dice (los sacerdotes hemos escuchado muchas veces expresiones como estas ¡eh!): **que el Señor me lleve cuando quiera, estoy preparado, que venga en mi búsqueda**. Cuando alguien pronuncia esa frase de aceptación de ese momento, de ser consciente de que ha llegado su hora, y que él la entrega ¿no? eso te conmueve porque ve que María está actuando y está cumpliendo esa función que tantas veces lo hemos dicho: **ruega por nosotros**, esa Madre que está asistiendo al parto para la vida eterna.

Dos partos tuvo María: un parto virginal, cuando dio a luz virginalmente a su Hijo, y luego tuvo un parto doloroso, allí en el monte calvario, en el que dio a luz, en el que entrego a su Hijo para la salvación del mundo en el monte calvario, y también tiene un parto con cada uno de nosotros, una lucha para darnos a luz para la vida eterna. Cuando recemos el Avemaría, tenemos que verle a María ahí, haciendo esa función que se la estamos encomendando, que le estamos pidiendo que nos asista en ese parto para la vida eterna.

Y concluye, la oración del Avemaría, con el **Amen**. Bueno pues, no me voy a extender en el Amen porque, como comentaremos en el Padrenuestro, entonces el catecismo explica el Amen aquí. Aquí yo creo que no vamos a explicarlo sino nos superpondríamos, basta con decir que esta palabra del Amen, después de habernos dirigido a María de esta forma, significa **el acto de Fe, la afirmación, el deseo, el afán, el anhelo, la súplica** ¿no? de que esto que le hemos dicho a María sea así, creo que es así. Esto es lo que es, como un sello final.

San Jerónimo llamaba a la palabra Amen “**el sello final del Padre nuestro**”, aquí también hay un sello final, en la oración del Avemaría: **es la ratificación o el consentimiento, la afirma todo el**

pueblo santo de Dios a lo que se ha dicho, en esas peticiones y en esas afirmaciones que hemos hecho en el Avemaría.